

“Una ‘república de las ciencias médicas’ para el desierto argentino. El Círculo Médico Argentino y la inscripción de un programa experimental para las ciencias médicas de Buenos Aires, 1875-1914”. Trabajo para ser presentado en el Programa de Estudios Saberes de Estado y Elites Estatales del IDES, julio de 2014. **NO CITAR**

Una “república de las ciencias médicas” para el desierto argentino. El Círculo Médico Argentino y la inscripción de un programa experimental para las ciencias médicas de Buenos Aires, 1875 – 1914.

Autor: Mg. Pablo Souza

Director: Dr. Diego Hurtado

En las siguientes páginas se ofrece una síntesis de la tesis de doctorado titulada *Una “República de las Ciencias Medicas” para el desierto argentino. El Círculo Médico Argentino y la inscripción de un programa experimental para las ciencias medicas de Buenos Aires (1875 - 1914).*

La misma fue presentada en el doctorado de Filosofía y Letras de la UBA bajo la dirección del Dr. Diego Hurtado a mediados de 2013; buena parte de los temas que afloraron en el documento final cristalizan distintas investigaciones llevadas adelante desde el 2003, en el área de la historia de la ciencia y la historia de la medicina local, practicadas en el espacio del Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y la Técnica “José Babini”.

La tesis se propuso analizar con algún detalle las primeras cuatro décadas de una institución estudiantil, gremial y científica de activa participación en la promoción de una “sensibilidad para la ciencia y la técnica” en el área de las ciencias biomédicas locales de fines de siglo XIX (López-Ocón, 1998: 205). La misma fue fundada en 1875 y su nombre oficial desde entonces fue Círculo Médico Argentino (CMA), denominación que varió en 1907 por el más largo pero descriptivo nombre de Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas y Círculo Médico Argentino.

Las posibles maneras de justificar el intento de tal ejercicio de investigación son variadas, y acaso no se reduzcan solo a enumerar los rasgos principales de tal institución, de ofrecer –a modo de primera presentación en sociedad– los rasgos principales de su “ser social”. Todo ello es legítimo y sin duda no deja de ser una vía necesaria e importante. Subrayar que la sociedad fue uno de los primeros centros de agremiación estudiantil en la pequeña escuela médica local y que, al mismo tiempo, fue una de las primeras sociedades científicas y médicas de la ciudad de Buenos Aires de la segunda mitad de siglo XIX, es hacer justicia a sus rasgos nodales, aquellos que sin duda hubieran intentado subrayar algunos de sus principales referentes.

Sin embargo en un texto que pretenda sintetizar un proceso de investigación de casi una década, es necesario el relato de las herramientas con las cuales se trabajó la institución elegida y los motivos disciplinares por las cuales se las eligió. Así pues en las siguientes páginas se presentará un breve resumen de los 7 capítulos en que se dividió el plan general de la obra, poniendo especial énfasis tanto en la exposición de los contenidos trabajados respecto de la vida del CMA, como de las herramientas conceptuales y metodológicas provenientes tanto de la *historia social de la ciencia* como de la *historia social de la medicina*. (Shapin, 2010: 5; Jackson, 2012: 10).

La distribución de los capítulos, es la siguiente:

- Capítulo Introducción. La “movilización de los puntos de mira” historiográficos.
- Capítulo 1. Un contexto para el Círculo Médico Argentino.
- Capítulo 2. El Círculo Médico Argentino: entre la sociabilidad estudiantil y la militancia científica.
- Capítulo 3. Poder y sociabilidad en una sociedad científica periférica finisecular.
- Capítulo 4. El CMA y la producción de un programa experimental en las ciencias médicas locales.
- Capítulo 5. “Un terror sagrado por todo lo que sea publicar”: El CMA y la circulación del programa experimental en las ciencias médicas locales finiseculares.

- Capítulo 6. A modo de cierre: instituciones científicas y médicas en un momento de cristalización de una sociedad civil burguesa.

A continuación se ofrece un breve resumen de cada capítulo, focalizando en la presentación de temas y problemas abordados en cada uno de ellos.

Capítulo Introducción. La “movilización de los puntos de mira” historiográficos.

En la introducción se presentó con algún detalle lo que Dominique Pestre denominó – para su estudio de la ciencia occidental desde el Renacimiento hasta fines de siglo XX– una “*necesaria movilización de puntos de mira*” sobre el objeto de estudio, en este caso, una institución científica local finisecular, como fue el Círculo Médico Argentino (Pestre, 2005: 15).

El énfasis señalado en el concepto de “movilización” refleja las decisiones tomadas respecto de un conjunto amplio de herramientas de trabajo, que incluyeron entre otras, problemas de investigación, ejercicios de periodización, fuentes primarias, métodos, cuestionarios empíricos y teóricos, procesos narrativos. Ciertamente tal despliegue de herramientas buscó subrayar que el trabajo de investigación realizado estuvo atento a no caer en los problemas –simétricos y opuestos– que W. Mills denominó “empirismo abstracto” y “gran teoría”. En efecto, se puso particular cuidado tanto en no circunscribirse solo a enunciar herramientas teóricas en el ámbito de la historia social de la ciencia, como también a no quedarse solo en el relato de hechos empíricos, sin jerarquizar problemas de investigación, ni aplicar estrategias metodológicas (Mills, 2008 [1959]: 25).

Como problema de investigación central se eligió (1) la pregunta por los actores, tramas y conflictos sociales que compusieron lo que –siguiendo a E. P. Thompson– podría denominarse el “ser social” de un sujeto histórico, en este caso de la institución científica elegida, ese particular tramo de vida social floreciente en “el patio” de la casa de los hermanos Ramos Mejía, en la ciudad de Buenos Aires hacia mediados de la década de 1870, como se podrá apreciar con algún detalle en los capítulos 1, 2 y 3. De especial preocupación fue el hecho de poder focalizar en las transiciones que aseguraron la estabilidad de la pequeña sociedad médica, sacándola del contexto de fuerte informalidad que gozó durante sus primeros años. Luego, relacionado en forma estrecha

a la existencia del CMA, figuró con fuerza la pregunta por (2) el papel que cumplió la institución estudiada –si es que cumplió alguno– en la cristalización de un programa experimental en las ciencias médicas de la ciudad durante los años estudiados. En estrecha relación se indagó por: (3) El tipo de prácticas científicas promovidas en el programa experimental impulsado por la institución. En efecto, sabiendo que la sociedad hizo de la promoción de las ciencias experimentales en la escuela médica local una de sus razones de existencia, la pregunta subsiguiente fue: ¿qué tipo de prácticas científicas serían posible identificar con alguna especificidad? Por último, se focalizó en (4) La pregunta indagatoria por el tipo de medicina que cristalizó en las actividades fomentadas por la sociedad. Si –al decir de Andrew Wear– la medicina occidental –y en especial europea– durante el siglo XIX sufrió poderosas transformaciones y éstas, a su vez, operaron como espejo (e interlocutor) de las florecientes instituciones científicas y médicas latinoamericanas, cabe preguntarse: ¿cuáles habían sido cultivadas y promovidas (en prácticas y representaciones) por la sociedad científica estudiada? (Wear, 1996: 10).

Dichos problemas de investigación fueron indagados en un período concreto, a saber los años que van entre 1875 a 1914. La elección del período respondió a motivos relacionados a la vida de la institución; durante estos años transcurre la vida profesional e institucional de –al menos– dos generaciones de estudiantes (y graduados) que imprimieron su estilo al círculo médico, como se podrá apreciar en los capítulos 1, 2 y 3. Acaso se pueda citar como ejemplo el itinerario profesional de uno de sus creadores y primer presidente, el Dr. José María Ramos Mejía.

Hacia 1875 era un estudiante y había adquirido gran notoriedad en la escuela médica local por ser miembro de la “Sociedad 13 de Diciembre” y firmar escritos incendiarios contra la elite de la escuela médica de Buenos Aires como “El Licenciado Cabra” (Leandri, 1999: 120). Hacia la segunda fecha había sido el todopoderoso presidente del Consejo Nacional de Educación, creador del Departamento Nacional de Higiene, y una figura reverencial en las letras médicas locales (Leandri, 1999: 120; Terán, 1998: 99). Estos matices o giros de su personalidad profesional aportan indicios sobre los criterios utilizados para elegir tales fechas. Hacia mediados de la década de 1870 los estudiantes de medicina eran los díscolos contestatarios, “*verdaderos obsesionados con la reforma*”, según la descriptiva expresión de las autoridades de la casa de estudio a

inicios de siglo XX. Por su parte, hacia la segunda fecha, la misma sociedad se había transformado en una poderosa referente de las ciencias médicas locales y algunos de sus miembros (y ex miembros) se proyectaban en notorias carreras científicas y políticas, como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5.

Seguidamente se focalizó sobre el material empírico y los cuestionarios de trabajo con el cual se ordenó, clasificó y luego dialogó con las fuentes. Para ello se entendió a tal dialogo con las fuentes como un proceso y no un acto, y al mismo tiempo como un proceso que gana en intensidad cualitativa cada vez que aquella clasificación produce crisis y complejización de las imágenes armadas al calor de las fuentes consultadas. Buena parte del material usado ha sido relevado en archivos cercanos a la antigua “Escuela Médica” y actual Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. Los archivos históricos clásicos –aquellos frecuentados por los interesados en otras disciplinas históricas–, tales como el AGN, tuvieron un papel algo acotado frente al uso más intenso de los archivos cercanos a la profesión médica de Buenos Aires. Incluso con estos matices, un listado de los sitios frecuentados en forma asidua incluyó:

Academia Nacional de Medicina, Archivo y Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas, Archivo y Museo de la Facultad de Farmacia y Bioquímica, Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Archivo General de la Nación, Archivo Histórico de la Universidad de Buenos Aires.

Por su parte, el listado de fuentes consultadas en tales sitios –que se presentará a continuación– incluye un abanico de material escrutado con distintas intensidades y, en especial, con distintas preocupaciones relacionadas a los problemas de investigación señalados anteriormente.

A) Prensa médica, gremial y universitaria

Anales del Círculo Médico Argentino (ACMA), Revista del CMA y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina, Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina, Revista Médico Quirúrgica (RMQ), Anales de la UBA, Revista

de la UBA, *Anales del Departamento Nacional de Higiene (ADNH)*, Documentos del Protomedicato (DP; 1740 a 1810), Documentos del Tribunal de Medicina (DTM; 1811 a 1852)

B) Prensa

Diario *La Prensa*, Diario *La Nación*, Diario *La Vanguardia*, Revista *Caras y Caretas*.

C) Documentación oficial

Documentación oficial del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina, Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, Memorias del Ministerio del Interior, Actas de la Comisión Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, Memorias de la Intendencia Municipal de Buenos Aires, Diario de Cesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, Diario de Cesiones de la Cámara de Senadores de la Nación, Diario de Cesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, Diario de Cesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires.

Sobre aquellas fuentes cobró vida una masa de material empírico relacionado en términos generales a la vida de la sociedad y, luego, sobre sus aspectos científicos y gremiales. ¿Cómo fueron trabajadas aquellas fuentes? El trabajo de fuentes se orientó sobre los problemas planteados con anterioridad. Así pues, ocupó un lugar no menor el intento por dar visibilidad a los actores, conflictos y espacios que conformaron la vida estable de la sociedad durante las cuatro décadas trabajadas; en estrecha relación también se buscó dar visibilidad al programa experimental promocionado por la sociedad para la escuela médica entre 1875 y 1914.

Un primer hito en dicho trabajo fue el relevamiento de las fuentes necesarias para abordar el tema en forma de tesis de maestría, durante los años 2003 a 2005. Aquellas actividades concluyeron en una primera versión sobre las instituciones científicas y médicas de fines de siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires, con especial énfasis en los años formativos del Círculo Médico Argentino, que concluían en su primera gran crisis visible, como fue la crisis de 1890, tal y como se podrá apreciar en el capítulo 2 (Souza,

2005: 120). En aquel trabajo se puso el énfasis en la relación que unió a la pequeña sociedad científica con algunas de las instituciones centrales del sistema de salud de la Municipalidad de Buenos Aires entre 1880 y 1890, en especial el antiguo Hospital General de Hombres, remodelado entre 1880 y 1883 e inaugurado con pompa y boato por el entonces ministro del Interior (y amigo del Círculo) Dr. Eduardo Wilde. (Souza, 2007: 141; Souza, 2008: 74; Souza y Hurtado, 2008: 235; Souza y Hurtado, 2010: 895). Un segundo momento de importancia en el proceso de relevamiento de fuentes, se dio entre los años 2008 a 2010, de cara a la elaboración del presente ejercicio de investigación doctoral. En dichos años se consiguió una versión completa de una fuente crítica para el presente trabajo, como son las revistas que cubren la vida de la sociedad, tanto en sus años de unidad como en sus años de conflicto y distanciamiento.

En cuanto al material conceptual, se intentó atender con algún detalle tanto a las disciplinas invocadas, como a los conceptos historiográficos utilizados para dialogar con aquel material empírico, también sobre los cuestionarios con que se trabajó los conceptos, no siempre amistosos o solidarios entre sí.

Las disciplinas historiográficas invocadas para el estudio del CMA poseen larga data, tanto en el mundo académico americano y europeo, así como una inscripción mucho más reciente en el medio historiográfico local. Aquellas disciplinas son la historia social de la ciencia y la historia social de la medicina; ciertamente ambas poseen existencia autónoma al menos desde fines de la década de 1970. No menos cierto es que sus disciplinas precursoras –la historia de la ciencia y la historia de la medicina sin el adjetivo que las califique de “social”– poseen agendas de trabajo autónomas desde inicios de siglo XX (Thackray, 1980: 8, 12; Brieger, 1980: 133; 1993: 30; Pestre y Kriege, 2005: xxv; Christie, 1996: 16).

Siendo disciplinas autónomas, ambas tradiciones pueden ser leídas y aplicadas en forma conjunta al estudio del CMA, pues la sociedad se definió como una activa promotora en la cristalización de un programa experimental para las alicaídas ciencias médicas de la ciudad, según culturas experimentales y nociones de la utilidad social de las ciencias médicas, propias de mediados de siglo XIX, como se señalará con detalle en los capítulos 4 y 5. En pocas palabras, es la naturaleza propia del objeto de estudio el

motivo principal que invita a una lectura (y utilización) paralela de conceptos provenientes de las agendas de ambas disciplinas (Pestre y Kriege, 2005: xxv; Christie, 1996: 19; Bynum y Porter, 1993: 20).

Ello no implica que ambas disciplinas –aplicadas a una sociedad científica como el CMA– no generen puntos de diálogo con temas y problemas compartidos con otras áreas temáticas. De hecho tales puntos de diálogo han sido numerosos e importantes; en especial con la historia política y cultural de la ciudad de Buenos Aires de segunda mitad de siglo XIX, y con el proceso de configuración de una sociedad civil y de una práctica asociativa, como se podrá apreciar con mayor detalle en el capítulo 1 (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2012: 150; González Bernaldo, 2008: 274). En tal sentido no se deberá perder de vista que la sociedad estudiada no es solo un grupo de sociabilidad más en la cosmopolita y asociativa Buenos Aires del tercer cuarto del siglo XIX, sino uno muy especial, que dio pasos sustanciales para transformarse en una sociedad científica pionera en la inscripción de un programa experimental para las ciencias médicas locales. En efecto –y como se podrá apreciar en detalle en los capítulos 4 y 5–, la sociedad se percibió a sí misma como una institución que “predicaba en el desierto”, el árido desierto de las ciencias experimentales y médicas locales, desierto que no era tal –al igual que el otro, el mentado para describir la repolitización de la provincia y la futura nación– y que ya contaba con experiencias de institucionalización científica al menos desde inicios de siglo XIX (de Asúa, 2010: 20, 117; Mantegari, 2005: 45; López Ocón y Lafuente 1998: 15; Nicolau, 2005: 12).

Capítulo 1. Un contexto para el Círculo Médico Argentino.

El capítulo 1 ofreció un contexto para la historia de la institución contada en los cuatro capítulos siguientes.

A lo largo del trabajo de investigación fue haciéndose patente la necesidad de mencionar o aclarar datos tanto sobre las instituciones con las que “dialogó” El CMA, los actores que compusieron la escuela médica local, así como también los tipos de conflictos existentes entre los “personales” –alumnos y docentes– que dieron vida a la escuela y la universidad. La constante referencia a estos temas hizo pensar en lo erróneo de encarar un relato poblado de notas aclaratorias –a modo de parches históricos– sobre

ellos, para explorar en la investigación y luego escribir sobre tales actores, instituciones y formas de conflicto. Algunos de estos temas ya se encontraban ampliamente trabajados en la obra de Ricardo Gonzales sobre la profesión médica, tales como el papel de la elite del cuerpo médico al ahora de cristalizar un sistema de reglas, jerarquías y símbolos para la profesión médica local. A su vez la escuela médica y la universidad han gozado de una mayor fortuna en la historiografía reciente. Otros temas, como la existencia de la vida material de la escuela médica y de la práctica rentada de transmisión del conocimiento, aparecían mucho más abandonados.

Así pues sobre este panorama se decidió escribir un primer capítulo en donde se presentara en forma concisa algunos rasgos axiales tanto de los actores sociales que dan vida a las instituciones como de las propias instituciones; por último pero no menos importante se decidió presentar algunos rasgos sobre las formas de conflictos presentes entre aquellos actores e instituciones. Tal decisión se tomó pensando en que, a pesar del aumento en extensión del trabajo, se podía ganar en comprensión de lo que se ha denominado en forma clásica el “enraizamiento” de las prácticas de conocimiento experimental, en un contexto tan particular como son las ciencias medicas y experimentales de la ciudad de Buenos Aires de segunda mitad de siglo XIX (Durbin, 1980: XX, Leandri, 1999: 80).

Explicar el surgimiento y consolidación del CMA demandó un contexto, y dicho contexto estuvo integrado en primer lugar, por *dos grupos sociales* que las fuentes de la época denominan “personales”, a saber el “personal alumno” y el “personal docente”. Con el correr de los años 1890, afloró un tercer grupo al cual algunos referentes de la época – Carlos Tejedor – denominaron como “merodeadores de la política”, es decir los graduados universitarios.

De docentes y alumnos interesaron en particular tres puntos recurrentes en la agenda de temas del CMA. Primero, su correlación estadística y sus condiciones materiales de existencia, es decir qué cantidad física de miembros integró cada “personal” durante los años estudiados; también que papel cumplió el proceso de mercantilización del saber en la relación de ambos grupos. En este punto se hizo visible que el cobro de lo que las fuentes denominan como “emolumentos” fue un punto neurálgico en las relaciones de ambos grupos, y por ello en la vida de la escuela médica y de la universidad.

Seguidamente, interesó la condición jurídica y política de ambos personales. Para ello se indagó en la relación de mando y obediencia que unió a ambos grupos desde la normalización de los estudios médicos en 1854 y, en especial, al papel que cumplió en dicha relación la afamada ley 1.597, conocida popularmente como “Ley Avellaneda”, sancionada en 1885. Ello fue así pues al correr de la investigación afloró el dato empírico –de capital importancia– de que fue dicha ley, la que explicitó un modelo de relación de mando y obediencia cuestionado en profundidad con los motines universitarios de 1904 y 1906 y luego, con el proceso de reforma de 1918. En pocas palabras, la moderna figura del cogobierno universitario es una consecuencia de diversos motines organizados contra el modelo de universidad previsto en la ley Avellaneda, que dio al personal docente autoridad absoluta sobre los destinos de la casa de estudio, relegando a los alumnos a un espacio informal y difuso, vacío de autoridad política y jurídica.

Un tercer dato de interés en la relación entre el personal alumno y el personal docente fue el control sobre el estado del arte médico. Dado que el plan de investigación se propuso rescatar el programa experimental del CMA como sociedad gremial estudiantil, se volvió necesario rescatar –en la medida de lo posible– las representaciones sobre el estado del arte manejada por el personal docente. En efecto, si a lo largo de los capítulos 4 y 5 se indagó acerca del programa experimental puesto en juego por el CMA en las ciencias médicas porteñas, entonces fue necesaria una caracterización del tipo de medicina manejada por el cuerpo docente investido como autoridad académica en 1854. Acaso un dato no menor en dicha exploración, fue encontrar que aún hacia los años 1870 había una fuerte presencia de nociones científicas y médicas propias del protomedicato virreinal, cuyos puntos referenciales fueron la universidad de San Marcos de Lima y la Universidad de Cádiz y más en general, el conjunto de instituciones, practicas, saberes y representaciones que Leoncio López-Ocón denominó como ciencia metropolitana (López-Ocón, 2003: 64).

El contexto necesario para explicar el CMA también demandó la referencia a las *instituciones* relevantes de esta historia, vale decir, la escuela médica y la universidad como ámbitos institucionales en que floreció el grupo de sociabilidad devenido en Círculo Médico. ¿Por qué estudiar la universidad y la escuela como contexto inmediato

del CMA y su grupo de asociados? Y en estrecha relación, ¿por qué analizarlas en forma paralela? Un mismo motivo permite responder a ambas consignas y es que precisamente así lo rescató –en forma explícita– las distintas comisiones directivas del Círculo, como se podrá apreciar en las restantes páginas.

Sus asociados se percibieron a sí mismos tanto como miembros del personal alumno, como un grupo que contaba entre sus variados motivos fundacionales, la misión de “proteger” a los estudiantes de la escuela médica y, en estrecha relación, de renovar la vida científica y política de la *escuela* y de la *universidad*.

La universidad de Buenos Aires de mediados de 1870 fue una institución en transformación; la afectaban procesos históricos afines a varias instituciones científicas de mediados de siglo XIX tanto locales como internacionales, en especial un lento pero no menos contundente cambio de su perfil jurídico y político. Fundada el 12 de agosto de 1821 durante el gobierno de Martín Rodríguez, la institución fue pensada –según reza el acta fundacional firmada por el gobernador– como resarcimiento a la deuda que la metrópoli poseía con el virreinato del Río de la Plata en especial con la ciudad, luego de la primera propuesta de creación de una casa de estudios en 1778, primer año del virreinato de Juan José Vértiz (Cantón, 1921: 6; Nicolau, 2005: 53; Halperin, 1962: 16). Por su parte los estudios médicos –al menos los que la Facultad de Medicina de segunda mitad de siglo XIX reconoce como su origen– preceden en dos décadas a la fundación de la universidad. Los primeros cursos médicos dictados bajo la autoridad del protomedicato de la ciudad datan de inicios de 1801 (Cantón, 1925: 39) Con la crisis del protomedicato durante los años de la revolución y la creación del tribunal de medicina (que en los hechos asimiló las funciones del protomedicato virreinal) los estudios médicos se dispersan en el marco de una coyuntura marcada por la guerra. Luego de la caída del poder central a inicios de 1820, los estudios médicos reaparecen adjuntados a la vida de la casa de estudios recientemente fundada. Más aún aparecen como una pieza clave de la Universidad, tal dato es visible en el hecho de ocupar la mayor cantidad de vacantes docentes del total de cátedras que el exiguo presupuesto de la provincia podía sostener (Cantón, 1925: 2; Nicolau, 2005: 56).

Un último dato de capital importancia para comprender el surgimiento del CMA fue el *tipo y trama de conflictos* existentes entre los personales e instituciones señaladas.

Desde ya el conflicto entre grupos de intereses contrapuestos en la escuela médica local, fue una presencia asumida incluso en forma consciente por los personales o claustros médicos enfrentados. También fue una suerte de fantasma subyacente, por ejemplo en los textos de época, en especial en la mayor parte de las historias y biografías legadas del período. No menos importante será el papel del conflicto social, en esa particular formación de experiencia social, que será la inscripción de un programa experimental en suelo local, como se podrá apreciar en los capítulos siguientes.

Las fuentes consultadas permiten reconstruir varios tipos de conflictos entre los distintos actores que daban vida a la escuela. Estos conflictos incluyen aquellos episodios de protesta formal y explícita –de dimensiones variables– llamadas a veces “motines” o “revueltas” estudiantiles. Más aún –como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5– las actividades tendientes a cristalizar un programa experimental en las ciencias médicas locales, tuvieron una estrecha relación con estos motines y revueltas: se vieron fundados en él, se reconocieron allí como punto de origen y como su consecuencia. Ahora bien también quedan inscritos en aquella definición los conflictos en estado larvado entre los mismos grupos, vale decir aquellas situaciones propias de la vida cotidiana de la escuela en que quedaban enfrentados los intereses materiales y políticos de los grandes claustros y grupos.

Personales, instituciones y conflictos dieron vida al contexto necesario para estudiar el CMA.

Ni exógeno, ni extraño, ni ocultado, mucho menos invisible. El contexto ofrecido por aquellos actores e instituciones es el medio material e ideológico contra el cual dijeron actuar las comisiones directivas de la sociedad, al cual dijeron querer transformar con su “aporte benéfico”. Es –al mismo tiempo– el medio material e ideológico que ofreció serios escollos a aquellas “benéficas” actividades proclamadas por la institución, y frente al cual sus esfuerzos “languidecieron”. En pocas palabras, el CMA no es algo que pueda desprenderse de la historia de la ciudad de Buenos Aires ni de la escuela médica local de segunda mitad de siglo XIX, como en rigor de verdad no lo es ningún proceso de historia social de la ciencia, de su contexto social e histórico inmediato. Como se podrá apreciar al correr del capítulo 2, el grupo intelectual que da vida al fenómeno de sociabilidad estudiantil y a la puesta en marcha del programa experimental en las

ciencias médicas finiseculares locales –estudiado en los capítulos 4 y 5– es un exponente típico de los procesos históricos y políticos de la sociedad civil porteña postrosista, tanto por sus prácticas gremiales y políticas dentro de la escuela médica local, como por sus banderas experimentales de cara a la sociedad civil de su época. (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274 - 275).

Capítulo 2. El Círculo Médico Argentino: entre la sociabilidad estudiantil y la militancia científica.

El capítulo 2 abordó la vida del CMA desde los años inmediatos precedentes a su fundación en 1875 hasta 1914, momento del fallecimiento de su primer presidente y fundador, el Dr. José María Ramos Mejías; mismos años en que la institución logró una visibilidad no menor en la sociedad porteña y frente a los poderes públicos afincados en la ciudad, debido a su participación en varios debates dados en la cámara de diputados, del cual se rescatará el debate Cantón-Dickman entre 1915 y 1917. Si los temas tratados en el capítulo 1 pueden ser considerados los elementos de estructura –en el sentido de “grupos de relaciones sociales históricamente cristalizadas”– de la escuela médica y la universidad, interesan a fines de dar vida al contexto en que se inscribe la institución a estudiar (Gramsci; 1974 (5): 327). Así pues, en el presente capítulo se estudió el surgimiento y posterior consolidación del Círculo Médico Argentino en sus aspectos materiales, vale decir que se focalizó principalmente en el tipo de relaciones sociales y prácticas de sociabilidad trabadas entre un grupo no menor de estudiantes y graduados de la escuela médica local (Souza, 2007: 142; 2008: 74).

Se podrá apreciar que durante esos años florecieron al menos dos generaciones de estudiantes y graduados que imprimieron su estilo a esta institución, quedando ambos grupos inscritos dentro de lo que Levi y Jean- Schmitt han definido como *historia de la juventud* (Levi y Schmitt, 1996: 20). En esos términos se pensaron y actuaron tanto hacia sí mismos, como hacia otros grupos, en especial hacia el cuerpo docente. Durante estas décadas el grupo de jóvenes asociados logró edificar un centro gremial, experimental y médico en el centro físico (y cultural) de la pujante y cosmopolita urbe porteña. Hacia inicios del presente período se presentaron como los jóvenes que venían a predicar en “el desierto” de las ciencias médicas y experimentales locales; por su parte hacia fines del período estudiado, algunos de los ya ancianos galenos –que había

participado desde sus primeros años– señalaron a la sociedad como el “ariete” con el que una generación de estudiantes “embistió” contra la casa de estudio y en especial la academia de medicina.

En el mismo sentido hacia mediados de los años 1870 las comisiones directivas de la sociedad promocionaron la medicina clínica francesa y alemana, así como la recreación de la *medicina nacional* o el aprendizaje de la *lectura del libro palpitante*. Por su parte, los estudiantes y socios del CMA al momento del centenario han realizado otras mentalidades médicas, tales como la práctica de la fisiología y el trabajo de laboratorio, según parece evidenciarlo la frecuente presencia de artículos firmados por el joven socio, presidente y redactor de la sociedad, Bernardo Houssay (Souza y Hurtado, 2010: 900; Buschini, 2009: 235). También se han puesto de moda hacia esta fecha los escritos sobre psiquiatría a partir de las frecuentes colaboraciones de un ex socio y articulista llamado José Ingenieros y, ciertamente, no son menos visibles los textos de otro socio con mucho potencial científico en el campo de la medicina social e higiénica como es el director de los *Anales* del CMA –y secretario de la Comisión Directiva en 1910– el joven Salvador Mazza. Estos referentes de la medicina local fueron famosos en disciplinas distintas y, sin embargo, poseen un sólido vínculo en cuanto a sus identidades científicas. Son herederos de la cultura experimental pregonada por la generación de estudiantes a la que perteneció Ramos Mejía, caracterizado por resaltar la importancia de la investigación científica como parte fundamental del compromiso estudiantil con la vida médica.

El Círculo fue presentado por la prensa como un *club*, donde se reunían un grupo de “elementos sanos” –metáfora cara a los anhelos de sus socios– que seguían el paso de otros nobles clubes –La Sociedad Rural, la Sociedad Científica Argentina y la Academia de Lenguas– en mostrar el “genio local” en materia de una sensibilidad rioplatense para la ciencia y la tecnología. No menos cierto era el hecho, de que la lectura sobre el “*naufragio*” local en tal materia, era leída en términos comparados con lo que había sucedido en el “viejo mundo”. En pocas palabras, se miraban las experiencias de las sociedades científicas y médicas locales, a la luz de sus pares europeas y latinoamericanas, en el marco de una fuerte explosión local de vida asociativa. (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; González Bernaldo, 2008: 274).

Para abordar la vida de este club estudiantil se adoptó como recurso metodológico la fragmentación en cinco grandes períodos cronológicos. Los mismos se distribuyeron de la siguiente manera:

1) El primer período va desde 1871 a 1873 y se caracteriza por la creación de la sociedad estudiantil conocida como sociedad “13 de Diciembre”; dicha sociedad afloró al calor de los motines estudiantiles ocurridos a fines de 1871, como consecuencia de una dura crítica dirigida hacia los docentes de la casa de estudios, ocurrida por el suicidio de un alumno en una mesa de examen. Ciertamente el descontento también se hacía eco del papel jugado por el cuerpo médico en los aciagos días de la epidemia de fiebre amarilla de 1870.

2) Un segundo período va desde 1873 a 1875 y se distingue por la creación de una sociedad denominada “Estimulo Médico”, sociedad gremial y científica solo compuesta por estudiantes de medicina, en la que ya gravitaban con fuerza los nombres de los estudiantes que serían los primeros socios fundadores del CMA entre ellos el polémico y afamado “licenciado Cabra” –José María Ramos Mejías”– quien escribió una serie de notas incendiarias contra el cuerpo docente de la casa de estudios.

3) El tercer período abarca los primeros 20 años del CMA que van desde su fundación en el mítico 29 de Junio 1875 a 1895; es el momento en que el círculo se hace visible como “club estudiantil”, y es el momento en que al correr de los años afloran en su seno las tensiones entre dos grupos cada vez más visibles, como son los “Señores” y los “Doctores”. Durante estos años el Círculo logra editar una revista científica y médica de amplia circulación en la prensa científica internacional y, en estrecha relación, también logra armar (a partir del canje) una de las bibliotecas científicas y médicas más importante de las ciudad. Estos años son los que –según las listas de socios y las declaraciones de las comisiones directivas– logran afiliar al mayor número de socios, en relación al total de estudiantes de la facultad y la universidad. Mismos años en los que se logra abordar el proyecto de su espacio propio, proyecto que se logra con el apoyo de una serie de subsidios estatales.

4) El cuarto período va desde 1895 a 1908, entre cuyas características figuran la fragmentación de la sociedad, a partir de un creciente control de los graduados en las comisiones directivas, generando una crisis de representatividad de la sociedad en el

“personal alumno”. El desmembramiento llega en el año 1900 con la creación del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina, sociedad que retoma las banderas simbólicas del antiguo Círculo fundado en 1875 y rápidamente logra una adhesión importante en la creciente cantidad de alumnos de la facultad. Es la sociedad que acompaña los motines estudiantiles de 1904, y cuya presión logra la participación estudiantil en el gobierno de la universidad. En los hechos, es el primer indicio de resquebrajamiento del modelo de autoridad universitaria plasmado en la ley Avellaneda.

5) El último período va desde 1908 a 1914 y se caracteriza por la reunificación de ambas sociedades, que capitaliza tanto la adhesión estudiantil ganada por el nuevo Centro de estudiantes, como la tradición científica acumulada en el antiguo Círculo. La nueva sociedad y periódico se hacen eco de las transformaciones institucionales e intelectuales de la primera década del siglo, heredando las posesiones materiales de la antigua sociedad, reeditando algunas de sus prácticas científicas clásicas, como la puesta en marcha de una prolífica agenda de cursos y cátedras paralelas, a la par que una no menos nutrida agenda de sociabilidad masculina que basculan entre los ágapes y las prácticas de deportes.

Tal estrategia adoptó en lo fundamental los argumentos presentados por Maurice Crosland en la exposición de su trabajo sobre la Academia de Ciencias de Francia entre 1795 y 1914 (Crosland, 1992: xiv). En dicho trabajo, el autor manifiesta estar interesado por períodos puntuales de una institución tricentenaria, como es la actual Academia de Ciencias de París durante aquellos años. Y siendo dicho período un plazo de tiempo lo suficientemente largo como para albergar distintos agrupamientos de científicos y, al mismo tiempo, distintos criterios de la ciencia francesa, Crosland utilizó un tipo expositivo basado en el comentario y análisis de hechos y fuentes relevantes a la vida de la institución en períodos de dos décadas que recorren cronológicamente la extensión del siglo XIX. Entre las ventajas que ofrece tal modo de presentación, figura la de no dar por sentada una falsa imagen de homogeneidad de la institución y la de poder apreciar con nitidez sus transformaciones internas. Mismas ventajas que se buscaron obtener en el presente trabajo con la adopción de los cinco períodos o tramos de la vida del CMA adoptados como criterio de exposición (Crosland, 1992: 75).

En tal sentido, es importante señalar que se prestó atención para cada período señalado a cinco aspectos visibles en las casi cinco décadas de documentación, por lo demás aspectos presentes en estudios de otras tantas instituciones científicas locales y extranjeras. (Crosland, 1996: 91; Agulhon, 2009 [1977]: 95). Ellos son: (1) una estimación de su representatividad como agrupación de sociabilidad distinguida respecto del número de estudiantes total de la escuela; (2) una estimación –en la medida de lo que hacen posible las fuentes– de la distribución de los grupos fundantes en la sociedad vale decir, los estudiantes y graduados (3) A la agenda gremial y a las prácticas de sociabilidad promovidas desde el seno de las comisiones directivas. Junto a estos aspectos sociales e institucionales, se ha prestado especial atención a (4) La vida material y económica de la sociedad, pues al correr de la investigación se hizo harto evidente la parcialidad del intento de estudiar las prácticas científicas de una institución, sin conocer su relación con las distintas formas de avituallamiento de dicha práctica. Por lo demás, lejos de ser una insidiosa hipótesis materialista, se pudo apreciar con anterioridad que son las voces de los actores que afloran en el material empírico las que indican esa dirección de análisis. En efecto, la práctica de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX pide a gritos una relación con la que algunos autores de la época – el Dr. Roberto Wernicke y el Dr. Víctor Puelma Tupper – denominaron la “*serpiente de mil cabezas*”, o el “*poderoso influjo del dios dinero*”. Para su estudio como sociedad científica que promocionó las ciencias médicas en la Buenos Aires finisecular, se ha seguido la pista de un aspecto adicional: (5) sus actividades y emprendimientos científicos y médicos. Como se ha señalado con anterioridad se dedicará a este último espectro de actividades los capítulos 4 y 5, por la centralidad que ocupan dichas actividades para entender al círculo de sociabilidad como espacio en que cristaliza una sociedad científica madura, pionera en la inscripción de un programa experimental en las ciencias médicas (Crosland, 1996: 50).

Visto en perspectiva, las transformaciones que afectan a la sociedad están en estrecha relación a procesos ocurridos en otras tierras; en especial en las antiguas ex capitales virreinales hispánicas (López-Ocón, 1998: 218; Restrepo Forero, 1998: 50; Fúnez Monzote, 2005: 70; Fernández Prieto, 2008: 33). En efecto, la puesta en tela de juicio de tradiciones científicas y médicas heredadas y su posterior reafirmación a partir de un proceso de cuestionamiento político e institucional de los grupos ya existentes es una lucha por sostener las banderas de la tradición. En este caso, son grupos con

aspiraciones de convertirse en elites profesionales quienes discuten y luchan por la tradición científica y médica.

Capítulo 3. Poder y sociabilidad en una sociedad científica periférica finisecular.

En el capítulo 3 se puso el acento en presentar con algún detalle prácticas y espacios de sociabilidad que estuvieron relacionadas a la cristalización del programa experimental promovido desde la sociedad. En especial se focalizó sobre dos aspectos no menos relevantes de dicha institución, como son sus estrategias de poder y sus estrategias de sociabilidad (Aguilhon, 2008: 70). Y para poder focalizar sobre las prácticas de poder y las practicas de sociabilidad, se tomó como eje de análisis a un actor central en la vida de la sociedad como fueron sus comisiones directivas, a la luz de los informes anuales que las mismas extendían a las asambleas generales de socios, instancia de renovación del poder y celebración de la gesta de los estudiantes de “Junio de 1875”, como se recordó en reiteradas ocasiones.

¿Cómo y por qué estudiar tanto las relaciones de poder, como las prácticas de sociabilidad de una sociedad científica como el CMA?

Desde el punto de vista de las relaciones de poder es harto evidente que dicha sociedad fue desde sus orígenes un espacio de clara vocación por el poder en el sentido weberiano del término (Weber, 1916: 43). A poco transitar por las fuentes, se pudo apreciar con nitidez su preocupación tanto por el poder interno en la sociedad como por sus espacios de poder en la escuela y la universidad, así como también en la sociedad civil porteña finisecular. De hecho, la sociedad no fue un mero “Círculo”, lugar solo dedicado al esparcimiento y la lectura, ámbito claramente masculino de consumo de tabaco, ágapes, bailes, práctica de “sports”. Junto a estas actividades –y acaso mediada por ellas– floreció una vocación de poder que en términos formales fue puesta al servicio del adelanto de las ciencias médicas y de la ciencia nacional en general. Misma vocación de poder que en términos informales permitió articular y contener los conflictos internos y sostener una agenda de relaciones con el poder político. En cuanto a los aspectos teóricos, es importante señalar que el problema de las relaciones entre las tramas de poder, por un lado, y ciencia y medicina, por otro, no es tema exclusivo del caso aquí presentado. De hecho, tiene una trayectoria (y una historia) al menos dentro

de la historia de la medicina del siglo XX. En el campo de la historia social de la ciencia –a esta altura– clásica, las relaciones entre ciencia y poder no han sido menos exploradas. El estudio que Steven Shapin dedicó al debate entre Boyle y Hobbes sobre la bomba de vacío, mostró los profundos vínculos existentes entre la creación de un lenguaje experimental y de una sociedad destinada a defenderlo –la Royal Society– con la corona británica (Hall, 1954: 195; Shapin, 1996: 126; Shapin y Shafter, 2005 [1985]: 64).

Por su parte, si nos focalizamos en la vida asociativa y cultural de la pequeña institución científica, encontramos simétrico orden de argumentos para su justificación, vale decir, tanto teóricos y conceptuales como empíricos. Entre los primeros, uno de importancia central es que varios trabajos sostienen la importancia del ocio como instancia axial en la vida de las sociedades gremiales o clubes. Al mismo tiempo –y en estrecha relación– la vida asociativa es medio de cristalización de aquello que en los capítulos 4 y 5 se estudiará como programa experimental promocionado por la sociedad para las ciencias médicas de la ciudad. La primer acepción es presentada por Maurice Agulhon en el trabajo titulado *El Círculo Burgués*; la segunda es presentada por Maurice Crosland en su trabajo sobre la Academia de Ciencias de Francia, entre 1794 y 1914 (Crosland, 1992: 44-45). Incluso una sociedad científica de la formalidad de esta academia poseía un número de “fuerzas sociales” que la atravesaban y al mismo tiempo que la dinamizaban más allá de sus aspectos formales, tales como la vida de salón (Crosland, 1992: 179; Schiebinger, 2005: 53).

Simétrica situación pudo apreciarse en el CMA. Sus comisiones directivas hicieron de la vida asociativa tanto un medio de cristalización de una comunidad de asociados, como herramienta de diálogo con los poderes políticos.

Desde el punto de vista de una lectura del poder endógeno (o doméstico) de la sociedad científica, el mismo se caracterizó por altibajos que van desde una participación estudiantil intensa, a períodos de estancamiento y escasa convocatoria. Y dichos altibajos estuvieron relacionados a la presencia de los grupos denominados en el capítulo anterior como “Señores” y “Doctores”, en las comisiones directivas. El acceso a las mismas se garantizaba a través de la formación de “grupos de amigos”, que operaron en los hechos bajo una lógica facciosa de acceso al poder de la sociedad,

lógica que en varias ocasiones devino en conflictos explícitos, salidos de los contornos de la “amistad caballeresca” que reinaba como ideología fundante de la sociedad. Con el correr de los años los “grupos de amigos” que accedieron al poder de las comisiones directivas estuvieron marcados por la mayor presencia de los graduados y, con ello, contemplaron una participación estudiantil cada vez más restringida, borrando de la memoria colectiva la gesta estudiantil, y abriendo las grietas que devendrían en la separación en la fragmentación de la sociedad, en el año 1900.

Punto de capital importancia en la articulación de la vida y el poder doméstico de la sociedad, fue el intenso calendario de sociabilidad que pusieron en circulación las comisiones directivas. Tal vida asociativa, plasmada en sus fiestas, cenas, deportes, celebraciones, obituarios y fiestas científicas en teatros porteños, permitió vislumbrar con algo más de claridad las relaciones entre ambos grupos a la hora de sostener tanto la cohesión interna de la sociedad, como al mismo tiempo la promoción de un programa experimental para las ciencias médicas de la ciudad finisecular.

Desde el punto de vista de las relaciones de poder fomentadas por las comisiones directivas con otras instituciones de su época y, en especial, con los poderes ejecutivos y legislativos afincados en la ciudad y en la provincia, las mismas no se salieron de los contornos existentes al menos desde la re apertura de la escuela médica y la universidad en 1852. En efecto, entre la agenda de relaciones institucionales que las comisiones directivas rinden en forma anual, figura en forma asidua las relaciones con los poderes ejecutivos con asiento en la ciudad, tanto sea el intendente de la comisión municipal de la ciudad, o el gobernador de la provincia o, por último, los presidentes de la nación una vez federalizada la ciudad. La pequeña sociedad científica se benefició de la legitimidad que dichas relaciones otorgaban, en especial bajo la forma de subvenciones o donaciones de dinero, que permitieron encarar diversos proyectos de importancia, entre otros, la construcción de “la mansión” de la sociedad en la ya prestigiosa (y cara) calle corrientes al 2038 (actual Centro Cultural Rojas). Más aún, al correr del trabajo de investigación se hizo evidente que el Círculo Médico *compitió* por esa legitimidad científica con otras instituciones, en especial con el cuerpo docente de la escuela médica local, mismos sujetos que integraron la Academia de Medicina.

Por su parte, las relaciones políticas que trabó el Círculo con los poderes legislativos son algo más fluidas que con los poderes ejecutivos. Básicamente se focalizan en la presencia de socios o también ex socios intercediendo por intereses de la institución en la cámara de diputados y senadores de la nación, así como también otras cámaras, por caso las de la provincia de Buenos Aires. En tales espacios se discutió sobre proyectos presentados por la sociedad y, otras veces, se la invocó como concejera en algún litigio. En alguna ocasión se decidió sobre el otorgamiento de ayudas o subvenciones económicas para el Círculo, ciertamente las mismas no comprometen el sostenimiento de la sociedad, sostenimiento basado en las cuotas internas cobradas a los agremiados.

En este punto se tornó relevante hacer foco en uno de los múltiples debates existentes en la cámara de diputados de la nación, cual es la discusión de la ley 6.026 de creación del policlínico José de San Martín (Souza, 2008: 234). En él participaron dos veteranos galenos pertenecientes a la profesión médica local; ciertamente el Dr. Eliseo Cantón y el Dr. Enrique Dickman no son los únicos actores relevantes implicados en el ciclo de esta ley. Una cantidad importante de diputados —incluso, varios “diputados médicos”— acompañaron las presentaciones de ambos contendientes. El protagonismo de ambos médicos a lo largo del debate no debe omitir la existencia de una compleja trama de relaciones entre actores individuales y colectivos en la que se inscriben las biografías profesionales y políticas de los mismos (Souza, 2008: 235). El diputado socialista Enrique Dickman fue en sus días de estudiantes de medicina de la UBA, un activo miembro del centro de estudiantes de medicina fundado en 1900. Invocó el asesoramiento intelectual del CMA para criticar y denunciar con virulenta dureza al Dr. Eliseo Cantón, diputado de filiación roquista, quien en 1907 presentó un proyecto megalómano de construcción de un “hospital monstruo” llamado a ser el hospital insignia de la ciencia médica local, a mostrar en los festejos del centenario. Cantón había invocado en sus días de presidente de la cámara de diputados, el apoyo del cuerpo docente y de la academia de medicina. Así pues la crítica realizada por Enrique Dickman (como vos principal, de lo que los otros diputados denominaron “triumvirato medico socialista”) reeditó una vieja rivalidad científica en el seno de la profesión médica local.

El seguimiento del debate Cantón – Dickman entre los años 1915 y 1917, fue de

importancia capital para poder apreciar la búsqueda de legitimidad emprendida por la sociedad científica estudiada, desde sus tempranos días de junio de 1875. En efecto, confirmó la existencia de un hilo conductor entre las críticas realizadas por la generación de estudiantes de medicina de Ramos Mejías a mediados de 1870, y por su parte la crítica médica y científica sostenida por la generación de médicos graduados hacia el centenario. La poderosa acusación de “charlatanismo médico y científico” lanzada por Enrique Dickman en el seno de la cámara de diputados al Dr. Eliseo Cantón, está relacionada en forma estrecha a la acusación que cuatro décadas antes realizara el licenciado cabra a “los dioses del Olimpo de la calle el comercio”.

Capítulo 4. El CMA y la producción de un programa experimental en las ciencias médicas locales.

Los capítulos 4 y 5 se destinaron a presentar los problemas relacionados a la promoción de un programa experimental en las ciencias médicas de la ciudad, vale decir a las prácticas por las cuales predicaron en el “desierto” de las ciencias experimentales y médicas locales.

En el capítulo 4 se presentaron las “tecnologías materiales” puestas en juego por la pequeña sociedad científica durante las cuatro décadas estudiadas. El concepto de “tecnología material” fue usado en el sentido que le dieran Steven Shapin y Simon Schaffer en su ya clásico libro *El leviatán y la bomba de vacío* (Shapin y Schaffer, 2005: 70) Vale decir prácticas científicas puestas en circulación por una comunidad científica concreta y, en especial, en el seno de una sociedad científica no menos concreta como fue la Royal Society de segunda mitad de siglo XVII (Shapin y Schaffer, 2005: 70)

Dichas prácticas científicas tuvieron la particularidad de incorporar un amplio abanico de artefactos, entre los que se destaca la afamada bomba de vacío ideada por Robert Boyle. Dicho artefacto y las prácticas experimentales que él generó buscaron establecer una nueva legitimidad para la observación empírica, que cuestionó las bases mismas de la cosmología aristotélica, vigente en las universidades europeas al menos desde el siglo XIII. En efecto, para el grupo fundacional de la sociedad científica inglesa, los instrumentos tales como la bomba de vacío (pero también los microscopios,

higrómetros, termómetros, telescopios, etc.) poseían la capacidad de reforzar y ampliar la percepción individual y, por ello, de crear nuevos hechos no accesibles a las capacidades perceptivas cotidianas. A diferencia de la práctica del saber existente en las universidades medievales, tales tecnologías fueron un “medio de producción intelectual” de los hechos experimentales, en el marco de la naciente filosofía mecánica. Como sostiene Shapin, “*los hechos que constituían el fundamento de la nueva ciencia se manifestaban a través de una máquina científica construida a propósito*” (Shapin, 2005: 58). Estos instrumentos –y las prácticas que instauraban– fueron un momento de gran importancia en la disputa intelectual, que los nuevos filósofos naturales sostuvieron contra los representantes contemporáneos de los antiguos filósofos naturales y, en especial, contra las referencias de autoridad que estos invocaban, tales como Aristóteles, Ptolomeo y Galeno.

Proyectado sobre el CMA el concepto de tecnologías materiales permitió recortar un abanico de prácticas científicas, entre las que se destacó primero, el dictado de cátedras libres practicado con cierta asiduidad durante las cuatro décadas de documentación estudiada. Segundo, la práctica clínica fomentada explícitamente –tanto en términos prácticos como teóricos– durante el mismo período como el corazón de la medicina del siglo XIX (Kleinman, 1993: 17; Booth, 1993: 210). Por último, se analizó bajo el mismo concepto las relaciones de la sociedad con espacios tales como el anfiteatro, el museo anatómico y el laboratorio, este último acaso como herencia de su temprana fascinación por las universidades alemanas, y por el notable crecimiento de sus laboratorios de fisiología y de su “patología celular”, esta última impulsada por un médico prusiano y científico muy admirado en el CMA, como fue Rudolph Virchow (Raiser, 1990: 167; Maulitz, 1993: 173; French, 1993: 82; Brock, 1993: 167; Wear, 1996: 10; Sánchez Ron, 2007: 230).

Desde el punto de vista conceptual, las prácticas aquí estudiadas se ajustan al papel que Steven Shapin atribuye a la bomba de vacío en la producción experimental de los hechos, sostenida como ideología axial por parte de los caballeros de la Royal Society de Londres. Tales prácticas cumplieron el papel de “ampliar los sentidos” de observación de los socios del CMA, de cristalizar pasos en una cultura de la observación experimental en la institución. Teñidas de una atmósfera de conflicto –

como la que invocaba el grupo de asociados– con las autoridades de la escuela y, en especial, con las propias prácticas y concepciones de la vida experimental que esta poseía, los policlínicos, la cátedra libre, y las prácticas quirúrgicas, fueron parte del esfuerzo que la sociedad se auto impuso, en pos de renovar la “ciencia nacional” (Souza y Hurtado, 2010: 900).

Así pues el CMA dejó entrever *formas históricas o modos específicos* de prácticas científicas, en un sentido amplio del concepto (Krige y Pestre, 2005: 10). Vale decir que pudieron apreciarse en primer lugar, prácticas entendidas como relaciones sociales entre individuos y grupos dentro de la sociedad en espacios materiales concretos. (Krige y Pestre, 2005: 14). En segundo término, se pudieron apreciar prácticas de producción de representaciones, entendidas estas tanto como tópicos o imaginarios de la ciencia, o también como “cuadros de situación” científicos médicos o, por último, como disciplinas específicas. En efecto, tanto la práctica clínica, como las actividades experimentales en el laboratorio y las lecciones anatómicas en el anfiteatro, así como la implementación de la cátedra libre no son prácticas abstractas, sino que son prácticas que hacen uso de espacios e instrumentos en pos de ampliar las capacidades perceptivas de sus practicantes, en un modelo concreto de práctica médica, como era el existente en la escuela local. Modelo médico –será importante recordarlo– en transición entre una influencia fuertemente hispana durante la primera mitad del siglo XIX y la mirada a nuevas tradiciones científicas y médicas que tímidamente se abría hacia la cultura médica europea y norteamericana (Raiser, 1990: 167; Maulitz, 1993: 173; French, 1993: 82; Brock, 1993: 167; Wear, 1996: 10; Sánchez Ron, 2007: 230).

Las prácticas mencionadas no solo fueron ideas discutidas en las reuniones o leídas en los periódicos científicos llegados al Río de la Plata. Antes bien, se las ha seleccionado porque son actividades realizadas por los socios –al menos por una parte de los mismos– en el marco de su membrecía a la institución. Así pues, pueden ser estudiadas porque existieron como actividad práctico-sensible concreta, susceptibles de ser ubicadas en un contexto. Tales prácticas permiten apreciar –a riesgo de caer en juegos de redundancia conceptual– un plano material (e histórico) de las prácticas científicas locales. En efecto, analizar los fenómenos agrupados bajo estos conceptos permite abordar un plano por demás abandonado en el estudio de los fenómenos de

intelectualidad y de las comunidades de saberes locales, como es el plano de las relaciones sociales entre sus practicantes y, en estrecha relación, en qué contextos se desarrollan tales relaciones. La historia de las ciencias locales durante el siglo XIX aún sabe poco sobre las prácticas científicas concretas. Por su parte, el intento por comenzar a subsanar esa deuda historiográfica es solidario a los planteos de autores de las ciencias históricas y sociales, para quienes las relaciones de estructura y coyuntura son importantes, para quienes las “lógicas históricas” propias de los períodos y contextos cuentan como datos relevantes (Thompson, 1978: 78; Lahire, 2005: 37). En las disciplinas invocadas desde el inicio –la historia social de la ciencia y de la medicina– las prácticas no han sido menos (re) apreciadas que en otras áreas. En efecto, interrogantes de base tales como qué era ser médico durante la segunda mitad del siglo XIX o, luego, cómo se producían los saberes dentro de la profesión médica, han sido consideradas con mayor atención durante las últimas décadas. (Wear, 1996: 15; Bynum y Porter, 1993: 4; Brieger, 1980: 136).

Por su parte, el estudio seriado del material empírico como fuente productora de indicios y huellas históricas permitió apreciar las asimetrías existentes entre estas prácticas y sus coetáneas de “allende los mares”, vale decir, la existencia de dichas tecnologías materiales, en el marco de sus relaciones con otras instituciones científicas y médicas, tanto americanas como europeas (Wear, 1996: 10; Porter y Teich, 1992: 6; López-Ocón, 1998: 210; Leandri, 1998: 190; Fúnez Monzote, 2005: 50; Souza y Hurtado, 2010: 886).

Este tipo de análisis permitió –a la vez que su reapreciación como práctica existente– ganar en una mirada comparada, en tanto que el fenómeno de comparación está presente ya en los propios actores. La mirada comparada con el desarrollo de otras instituciones Europeas –la escuela médica parisina, el cuartel latino y el anfiteatro de la calle Clamart– y americanas –la Fundación Rockefeller y la Universidad Johns Hopkins– permitió dar perspectiva a modelos distintos de institucionalización de las ciencias. En el caso de la escuela médica de Buenos Aires, hacia 1870 se identificaban algunos procesos (o lógicas) de estructura cristalizadas al menos desde la fundación de los estudios médicos en 1801 (Souza y Hurtado, 2010: 900).

Por último y en estrecha relación a lo anterior fue importante subrayar la unidad existente entre los temas abordados en este capítulo y en el siguiente. Ambos permitieron mostrar la formación de un programa experimental, entendido este como anudamiento de representaciones y prácticas científicas afincadas en tiempo y espacio. La práctica hospitalaria –realizada en hospitales, lazaretos, hospicios, y también en el “policlínico” de la sociedad–, presentada como tecnología material en este capítulo, posee estrecha relación con la “lectura del libro palpitante”, tópico propio de los estudios anatómicos y quirúrgicos de mediados de siglo XIX y en especial con la escuela médica parisina, abordado en el capítulo 5.

Capítulo 5. “Un terror sagrado por todo lo que sea publicar”: El CMA y la circulación del programa experimental en las ciencias médicas locales finiseculares.

Por último el capítulo 5 focalizó sobre otra faceta del programa experimental puesto en circulación por el CMA, como fueron sus *tecnologías literarias y sociales*.

Ambos conceptos son presentados –al igual que el de tecnología material– por Steven Shapin y Simon Schaffer en su *Leviathan and the Air Pump*, y remiten a dos tipos de prácticas puestas en juego tanto por el creador de la bomba de vacío –Robert Boyle– como por otros pares de la Royal Society, en pos de comprender y legitimar las actividades experimentales implicadas en la existencia del controvertido artefacto. Ambas tecnologías ponen en juego un plus de legitimidad sobre las actividades experimentales practicadas con la bomba de vacío, y permitieron afrontar los problemas de credibilidad que de ellas emanaban (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). En pocas palabras, si los caballeros de la Royal Society apadrinaron una nueva filosofía experimental, no es menos cierto que la misma requirió para ser comunicada de una tecnología social específica, como fue el lenguaje experimental y, en especial, en las convenciones morales en él incluidas, convenciones de capital importancia para generar una reproducción virtual de los hechos experimentales. Aquel lenguaje y estas convenciones eran las apropiadas a los ojos de los caballeros de la elite inglesa de fines de siglo XVII, con gusto por la descripción minuciosa y, al mismo tiempo, por la sobriedad en la transmisión (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Acorde a aquella filosofía experimental y a este lenguaje, se invocó

también una “tecnología literaria”, como fue el informe observacional, en sus primeros años firmado por todos los socios presentes en las reuniones de tan selecto club. A él se sumaría la edición de una revista periódica, como fue –y aún es– *Philosophical Transactions*. Punto de capital importancia en la particular mirada de ambos autores es que las tecnologías sociales y literarias no son un momento menor o secundario de las actividades experimentales, tomadas como el contexto de descubrimiento propiamente dicho, como una instancia de mayor veracidad al resto. Por el contrario, las formas culturales e históricas que adoptó el lenguaje y la comunicación de la mirada experimental, son constitutivas de dicho programa (Shapin, 2000: 120; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57).

Así pues se entendió por *tecnologías literarias* del CMA al grupo de actividades cuyo objetivo central fue poner en circulación representaciones y lenguajes científicos y médicos (Shapin, 2000: 138; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 101). Con mayor especificidad aún, se hará referencia a las actividades que buscaron poner al alcance de los socios las representaciones médicas y científicas en boga en las distintas escuelas médicas conocidas en el Río de la Plata y, por ende, consideradas legítimas por las comisiones directivas de la sociedad. Dos actividades nodales en la vida de la sociedad quedan incluidas en esta definición. La primera es la edición de la revista conocida como *Anales del CMA* y la segunda, en muy estrecha relación, es el armado de una red editorial o red de intercambio de publicaciones que dio vida a la existencia de la biblioteca y hemeroteca de la sociedad. Ambas actividades atravesaron sin fisuras ostensibles las cuatro décadas estudiadas; incluso en los periodos de fuerte conflictividad interna la salida de la revista es una actividad privilegiada por parte de las comisiones directivas.

Por su parte, se denominó *tecnologías sociales* a las actividades por las que se fomentaba la participación de los socios en la exposición de conocimientos y saberes, producidos en el seno de la sociedad, como ya se pudo apreciar en el capítulo anterior (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Contaron entre dichas actividades la realización de torneos y concursos científicos, así como también la realización de conferencias y asambleas científicas.

Ambas actividades fueron intensamente promocionadas por las comisiones directivas de la sociedad como parte del bagaje que debería poseer el “buen médico”. Al igual que sucediera con las tecnologías materiales, estas prácticas tuvieron un eco y una intensidad desparejas; fomentadas activamente a través de concursos y bajo la promesa de publicación en la revista de la sociedad desde sus primeros años, no lograron en la práctica echar raíces sino en forma intermitente. Solo hacia fines de siglo XIX y luego durante la segunda etapa de la vida de la sociedad aparece un calendario de asambleas científicas sostenido en el tiempo y con una variedad de temas considerados por las propias comisiones directivas como de valor científico. Acaso uno de los puntos de mayor interés respecto a estas prácticas es que refractan la conflictividad que atraviesa a la sociedad; se pudo apreciar que las asambleas científicas se prestaban a un intenso clima de discusión entre los “Señores” y los “Doctores”, situación que no era tolerada con frecuencia por estos últimos y que era fomentada explícitamente por los primeros (Leandri, 1999: 78; Souza, 2008: 80).

Así pues ambos conceptos permitieron apreciar un aspecto por demás interesante de la vida de la sociedad, como es su capacidad de crear y hacer circular lenguajes científicos y médicos (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 101; Kriege y Pestre, 2005: xvi; Burke, 2000: 30). Si en el capítulo anterior se focalizó en la capacidad que tuvo el CMA de realizar actividades científicas concretas, en este se pudo apreciar un dato no menor en la vida de una institución científica, cual es su faceta de promotora en la república de las ciencias. Nuevamente, se insistió que son estas actividades las que separan al grupo de socios de otros clubes florecientes en la ciudad finisecular, y lo acercan con claridad a una institución científica. En efecto, sostener un periódico especializado, poner en juego actividades de promoción científicas tales como torneos científicos, convocar asambleas científicas, armar una biblioteca y hemeroteca especializada, etc., dan a la sociedad un perfil similar a otras instituciones científicas (tanto latinoamericanas como europeas) de la época. A lo largo de las cuatro décadas de vida de la sociedad aquí estudiada, se puede apreciar la creación y puesta en circulación de lenguajes (y tecnologías) científicas y médicas. Por su parte, desde el punto de vista de las tecnologías sociales, se podrá apreciar la adscripción de clase de las cosmovisiones epistemológicas, científicas y médicas de los miembros de la Sociedad. Los miembros de la sociedad –y, por ende, la sociedad en sus formas estables– también “*trasladaron convenciones, códigos y valores de la conversación caballeresca a los dominios de la filosofía natural*”, en este

caso estudiado a los dominios de la medicina (Shapin, 1994: 30). En efecto, la forma organizacional *Circle* descrita por Agulhon y adoptada por el CMA fue un ámbito fuertemente restrictivo y propio de sectores patricios de la ciudad o, en su defecto, de grupos que aspiraban a serlo, como el caso de las clases medias urbanas en creciente expansión durante fines de siglo XIX y principios del XX. Para el caso, las diferencias entre ambos grupos parecieran borrarse tras la adopción de un lenguaje presentado como neutral y objetivo, de sólidos compromisos con el progreso y la verdad. Si el programa experimental de fines de siglo XVII depositó su credibilidad en técnicas perceptivas y morales más apropiadas –y creíbles– a los caballeros que a los campesinos de Oxfordshire, simétrica enseñanza cultivaron los socios del CMA sobre la naciente república de las ciencias y sobre la situación de la salud local (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 58). No será difícil apreciar el clamor de los “apóstoles de la medicina” respecto de sus propias acciones, sobre la salud de los “pobres desheredados” de la ciudad, del “proletariado” aunque también de esa “vil canalla” que no respetaba su derecho de salario y que abusaba de las consultas gratuitas en el policlínico gratuito. Tal discurso apostólico dejaba bien claro el lugar –es decir, las jerarquías y distancias– existentes entre el médico y su paciente, en la versión local del humanismo médico (Leandri, 1999: 30; Di Liscia, 2004: 150; Souza, 2008: 75).

La relación con las prácticas experimentales estudiadas en el capítulo 4 era obvia para los actores implicados en el estudio; también lo es para el analista actual, muñido de las herramientas y preguntas que provienen de ámbitos intelectuales diversos, entre ellos la moderna historia social de la ciencia y la historia social de la medicina. Desde ellas se ha podido apreciar la notable semejanza que aquellas actividades tienen con lo que Shapin y Schaffer han denominado *tecnologías literarias y sociales* a la hora de estudiar una nueva noción de experiencia que nace en el siglo XVII vinculada a las prácticas experimentales implicadas en la manipulación de la bomba de vacío por los caballeros de la Royal Society (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121; Souza y Hurtado, 2010: 900). Por su parte, la utilización de lo que ambos autores denominaron “estudio de controversia” ha permitido apreciar el parecido que el tipo de conflictos propios de las comunidades científicas posee, con aquello que Antonio Gramsci denominó –en sus “Cuadernos de la Cárcel– *“conflicto entre grupos intelectuales”*, como parte de los procesos históricos susceptibles de ser abordados en una historia de los procesos de formación de grupos intelectuales (Gramsci, 1975 (4): 353). Con mayor precisión, el

paralelo entre ambas miradas historiográficas radica en el análisis del conflicto como elemento nodal de la vida social de los grupos intelectuales.

Dichas actividades y espacios fueron promotores de sentido social y político dentro del pequeño círculo de sociabilidad. En la vida de la sociedad, implicaron la puesta en lenguaje y posterior circulación del programa experimental del cual la sociedad se hacía eco, transformándose así en un actor clave a la hora de cristalizar una sensibilidad social para la ciencia experimental (López-Ocón, 1998; 215). Y tal “puesta en representación” de un programa experimental adopto una doble dirección, forjada al calor de los conflictos trabados por los actores. Fueron espacio de formación de sentido de sociabilidad, destinado al grupo de socios, como lo declaró el presidente de la sociedad el Sr. Héctor Taborda en 1910. Al mismo tiempo fueron bandera y espacio de conflicto político, en este caso contra la elite médica –o los dioses del Olimpo de la calle El Comercio–, como lo señalaron buena parte de los presidentes de la sociedad durante sus primeros 20 años de vida. En pocas palabras –y en términos similares a procesos ocurridos en otras latitudes– la cristalización de actividades experimentales y, luego, de actividades de edición y promoción de la ciencias experimentales, no fue un proceso exento de conflictos.

Al igual que se señalara para las actividades experimentales estudiadas en el capítulo anterior, cabrá recordar que este tipo de actividades dio forma a las prácticas científicas implementadas por la sociedad, en un contexto en que los aspectos materiales (e históricos) de las prácticas propias de los procesos de formación de intelectualidad tienden a quedar desdibujados tras un tipo de historia que pone el acento en el estudio de representaciones, conceptos o cosmovisiones. No es difícil apreciar una vasta literatura que habla de las ideas y representaciones propias de los hombres de la generación del ‘80, sean estos políticos, intelectuales, militares, médicos, abogados. Más difícil es –al menos en la historia de la ciencia local– poder apreciar las prácticas de producción de conocimiento y los escenarios materiales en donde se desplegaron.

Y con base en esta percepción historiográfica es que se tomó la decisión metodológica de utilizar aquellas herramientas y conceptos que hicieran posible aproximar cierta visibilidad a tales prácticas. A su vez, tal concepto de la “visibilidad de las prácticas”, lejos de ser un “prejuicio materialista”, o una oscura torsión profesional de dudosa

inspiración empirista, buscó estar en sintonía (y diálogo) con el criterio expresado en la literatura metodológica reciente de la historia social de la ciencia (Pestre y Krige, 2005: xxii). Desde ya, la pregunta por el lugar de las prácticas en la historia de la medicina local finisecular, además de recuperar el “necesario lugar de lo empírico” en la historia social de la ciencia local, permite apreciar la relación –no menos histórica y material– con las estrategias implementadas en otras profesiones y en otros círculos de sociabilidad de la época (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274 - 275). Permitió inscribir aquellas prácticas en un “horizonte histórico” que ha sido caracterizado en términos nítidos por la moderna historia política y cultural como “burgués” y “liberal”, con las potentes resonancias que los mismos tienen. Más aún, tales prácticas cristalizaron bajo un tipo especial de sociabilidad, aquella que Maurice Agulhon describe como “burguesa”. Y dichos actores afirmaron estar interesados en hacer aportes a una ciencia médica “nacional”.

Capítulo 6. A modo de cierre: instituciones científicas y médicas en un momento de cristalización de una sociedad civil burguesa.

En las páginas precedentes se focalizó sobre un tramo de la historia de una pequeña sociedad científica y gremial de alguna relevancia en la vida de las ciencias médicas locales finiseculares. También se señaló que tal influencia puede ser apreciada en las ciencias médicas locales de primera mitad del siglo XX en términos directos e indirectos y que dicha influencia puede ser ilustrada en términos empíricos; tanto los procesos que se conocen popularmente como la reforma universitaria de 1918 como la recepción del primer premio Nobel en biomedicina por parte del ex socio del Círculo, el Dr. Bernardo Houssay, remiten a la existencia de la pequeña sociedad científica. Los temas –y las maneras de trabajarlos– seguidos en los distintos capítulos han estado bajo la luz de aquellas afirmaciones.

Por su parte, las elecciones metodológicas y empíricas tomadas se han enriquecido de los trabajos de una importante cantidad de autores. Acaso una de las citas más representativas del trabajo que se ha buscado realizar con ellas es lo que Dominique Pestre denominó como “la movilización de puntos de vista múltiples”, en donde tal movilización implica la “alternancia de múltiples ángulos de observación” de una determinada trama del pasado, en este caso, la historia de las ciencias médicas

occidentales en la ciudad de Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX y principios de siglo XX (Pestre, 2005: 18). Ciertamente, la movilización de ángulos de mira del pasado de las ciencias médicas locales coincide –y en no poca medida– con los objetivos políticos y morales señalados por el afamado escritor de *Ciencia, Dinero y Política*, a saber, a la necesidad de revisitar dicho pasado para comprender las transformaciones que sufre esa particular actividad social que es la tecnociencia en nuestros días. Y no menos cierto es que tal movilización de ángulos de mira se hizo buscando sostener a su tiempo un equilibrio entre dos problemas metodológicos simétricos –señalados por Wright Mills en su *Imaginación Sociológica*–, tales como el empirismo abstracto y el problema de la gran teoría en una investigación. En pocas palabras, no se ha anhelado un relato escasamente hilvanado de una seguidilla aleatoria de hechos; tampoco se ha cedido a la fácil tentación de refugiarse en las escarpadas abstracciones de las miradas teóricas (Mills, 2007: 45, 73).

Es por ello que en los cinco capítulos se exploraron –por grados o capas– distintos aspectos de una institución científica de fines de siglo XIX, como fue el CMA. El grueso del trabajo de análisis y clasificación se hizo de acuerdo a unos conceptos caros al oficio del historiador tal como los cuestionarios, en este caso cuestionarios tanto teóricos y empíricos (Bloch, 1998: 171; Mills, 2010: 207).

En los cinco capítulos se han repartido las preocupaciones –paralelas y simétricas– por la comprensión tanto del programa experimental discutido y promocionado en el seno de la sociedad, como la comprensión de las “formas sociológicas” implicadas en la propia vida de la institución. Y si bien el tema es un clásico en la historia social de la ciencia y la medicina –no hay producción de saberes experimentales que no sea posicionada en tiempo, espacios y relaciones sociales–, no por ello el recorrido analítico es menos simple, en especial si no se quiere dar por supuesta tal relación. La promoción de actividades tales como las *cátedras libres*, los *policlínicos gratuitos*, o la buena *lectura del libro palpitante*, en un intento por recrear la *ciencia nacional*, no es algo que pueda divorciarse rápidamente de la particular historia de la sociedad civil porteña, inscrita a su vez en un arduo proceso de construcción de una vida política nacional (Sabato, 2012: 205). Tampoco es casualidad que jugara un papel relevante en la producción de tales conocimientos una forma social e histórica que Agulhon denominó

Círculo burgués. Acaso ello permite subrayar la presencia de actividades relacionadas a una cultura burguesa, tales como la prolija fiscalidad interna de la vida de la sociedad y, por su parte, la defensa de un modelo asociado comprometido con los ideales de la juventud, el apostolado de las ciencias médicas, el progreso de las ciencias como condición civilizatoria de una sociedad y una época, y más en general, la defensa de valores políticos y cívicos propios a la “República de las Ciencias” de la época.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Agulhon, Maurice. 2009 [1977]. *El Círculo Burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bloch, Marc. 1998. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: INAH.

Bloch, Marc. 2008. *Los Reyes Taumaturgos*. México: FCE

Booth, Christopher C. 1993. “Clinical research”, pp. 205-232. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Brieger, Gert H. 1980. “History of Medicine”, pp. 121-194. En: Paul Durbin (ed.), *A Guide to the Culture of Science, Technology and Medicine*. New York: The free Press.

Brieger, Gert. 1993. “The historiography of medicine”, pp. 24-45. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Brock, W. H. 1993. “The Biomedical Tradition”, pp. 153-169. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Bynum, W. F. y Porter, Roy. 1993. “The art and science of medicine”, pp. 3-11. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Cantón, Eliseo. 1921. *La Facultad de Medicina y sus escuelas*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Coni.

Cantón, Eliseo. 1925. *Historia de la Medicina en el Río de la Plata. Desde su descubrimiento hasta nuestros días (5 Vols.)*. Madrid: Biblioteca de Historia Hispanoamericana.

Christie, J. R. R. 1990. “Feminist and the history of science”, pp. 920-934. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie, M. J. S. Hodge. (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.

- Crosland, Maurice. 1996. *Science under control. The French Academy of Sciences, 1795-1914*. London: Cambridge University Press.
- De Asúa, Miguel. 2010a. *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata 1800-1820*. Buenos Aires: FCE.
- Durbin, Paul T. 1980. "Introduction", pp. xii-xv. En: P. T. Durbin (ed.), *A Guide to the Culture of Science, Technology, and Medicine*. New York: Free Press.
- Fernández Prieto, Leida. 2008. *Espacio de poder, ciencia y agricultura en Cuba: el círculo de Hacendados, 1878-1917*. Sevilla: CSIC.
- French, Roger y Wear, Andrew. 1989. *The Medical revolution of the seventeenth century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fúnez Monzote, Reinaldo. 2005. *El despertar del asociacionismo científico en cuba (1876-1920)*. Madrid: CSIC.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar. 2008. *Civilidad y política en los orígenes de la nación Argentina. La sociabilidad de Buenos Aires, 1829-1962*. Buenos Aires: FCE.
- González Leandri, Ricardo. 1999. *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid: CSIC.
- Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 2. México: Nueva Era.
- Hall, Rupert. 1954. *The Scientific Revolution. 1500-1800 The Formation of the Modern scientific Attitude*. Boston: Bacon Press.
- Halperin Donghi, Tulio. 1962. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Jackson Mark (Ed.) 2011. *The Oxford handbook of The History of Medicine*. Oxford, Oxford University Press.
- Kleinman Arthur. 1993. "What is a specific to Western Medicine", pp. 3-11. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*. Vol. 1. London: Routledge.
- Krige, John y Pestre, Dominique. 2003. "Introduction", pp. xxi-xxxv. En: John Kriege y Dominique Pestre (eds.), *Companion to Science in the Twentieth Century*. New York: Routledge.
- Levi, Giovanni y Schmitt, Jean Claude. 1996. "Introducción". En: G. Levi, J. C. Schmitt (eds.), *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus.
- López-Ocón Cabrera, Leoncio. 1998. "La formación de un espacio público para la ciencia en la América Latina durante el siglo XX", *Asclepio*, Vol. 50, No 2, pp. 205-226.

- López-Ocón Cabrera, Leoncio. 2003. *Breve historia de la ciencia española*. Madrid, Alianza Editorial.
- Mantegari, Cristina. 2003. *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones.
- Maulitz, Russell C. 1993. "The pathological tradition", pp. 169-192. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.
- Nicolau, Juan Carlos. 2005. *Ciencia y técnica en buenos aires, 1800-1860*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pestre, Dominique. 2005. *Ciencia, política y dinero*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pyenson, Lewis y Sheets-Pyenson, Susan. 1999. *Servants of Nature. A History of Scientific Institutions, Enterprises, and Sensibilities*. Nueva York-Londres: W.W. Norton & Company.
- Pyenson, Lewis. 1985. *Cultural Imperialism and Exact Sciences: German Expansion Overseas, 1900-1930*. New York: Peter Lang.
- Pyenson, Lewis. 1990. "Science and Imperialism", pp. 920-934. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. Christie y M. J. S. Hodge (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Reiser, Stanley J. 2009. *Technological Medicine. The changing world of doctors and patients*. New York: Cambridge University Press.
- Restrepo Forero, Olga. 1998. "En busca del orden: ciencia y poder en Colombia", *Asclepios*, Vol. L, No 2, pp. 33-76.
- Sabato, Hilda. 1998. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: UNQ.
- Sabato, Hilda. 1999. "Capítulo III. La vida pública en Buenos Aires", pp. 161-217. En: M. Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1852 - 1880)*. Vol. IV. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Sabato, Hilda. 2003. "Introducción. La vida política argentina: miradas históricas sobre el siglo XIX", pp. 9-22. En: H. Sabato y A. Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires: FCE.
- Sabato, Hilda. 2012. *Historia de la Argentina. 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Schiebinger, Londa. 2004. *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Shapin, Steven. 2010. *Never Pure. Historical Studies of science as if It Was Produced by People with Bodies, Situated in Time, Space, Culture, and Society, and Struggling for Credibility and Authority*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Souza, Pablo y Hurtado, Diego. 2010. “La lectura del ‘libro natural’. Apuntes para una historia de los estudios anatómicos y quirúrgicos en Buenos Aires (1870-1895)”, *Manguinhos. História, Ciências, Saúde*, Vol.17, No 4, pp. 885-908.

Souza, Pablo. 2005. *Formación histórica de un partido de la ciencia en la medicina argentina. El Círculo Médico Argentino y la configuración de una experiencia científica de base clínica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. 1875-1890*. Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Farmacia y Bioquímica, CEA. Buenos Aires, Argentina.

Souza, Pablo. 2007. “El Círculo Médico Argentino (CMA) y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico (Buenos Aires, 1874 - 1883)”, *Entrepasados*, Vol. 31, pp. 141-159.

Souza, Pablo. 2008. “El Círculo Médico Argentino (CMA) y el surgimiento del Hospital de Clínicas de Buenos Aires (1875-1883)”, pp. 73-95. En: Adrian Carbonetti y Ricardo González Leandri (eds.), *Historias de salud y enfermedad en América Latina. Siglo XIX y XX*. Córdoba: UNC-CEA.

Terán, Oscar. 1998. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: FCE.

Thompson, Edward P. 1981. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.

Wear, Andrew. 1996. *Medicin in Society. Historical Essays*. Cambridge: Cambridge University Press.

Weber, Max. 2008 [1964]. *Economía y Sociedad*. Buenos Aires: FCE.

Wright Mills, Charles. 1959. *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: FCE.